



CÁRLOS X DE BORBON,
BONDADOSO, MAGNÁNIMO,
CAPAZ
DE MORIR POR SU PUEBLO
COMO LO ERA DE MANDARLO;
RETÍRASE
CON SU FAMILIA Á OTROS REINOS
PARA EVITAR AL SUYO
LOS DESASTRES DE UNA GUERRA
CIVIL,
EL XXXI DE JULIO DE M.DCCC.XXX.



Orga, impresor.



Esta y otras obras se hallará
en Santiago en la Librería de
Rey Romero.

RELACION

DE

LA RETIRADA DE S. M.

CÁRLOS X.

RELACION

DE

LA RETIRADA DE S. M.

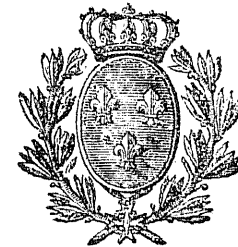
CARLOS X

HASTA SU EMBAQUE EN GHERBOURG.

— POR —

Un Guardia de Corps.

Noviembre 1831.



VALENCIA,

IMPRESA DE JOSÉ DE ORGA.

Calle del Milagro.

Valencia: librería de FAULÍ.
Madrid: en la de RODRIGUEZ.
En las provincias en sus principa-
les librerías.

Á 6 rs. vn.

Se han depositado los diez egemplares que manda la ley: en cuyo supuesto como á propiedad de los editores se perseguirá segun ella á todo el que contrahaga esta obra.

PRÓLOGO.

Distraídas las gentes tras el ruidoso torbellino de los sucesos de Paris, y creyendo que se cifra en ellos el cuadro mas digno de atencion de los acontecimientos que derribaron en julio de 1830 la monarquía legítima, apenas vuelven la vista al infeliz monarca de la Francia, ni sospechan las interesantes escenas que pasaban al propio tiempo en los muros de Saint-Cloud y Rambouillet. El sucesor de los mas ilustres reyes que ha tenido la Europa abandonado repentinamente de sus súbditos, vendido de sus amigos, ofrece un espectáculo mucho mas curioso é instructivo que los arrojos del fanatismo político y el estruendo de las conmociones populares. Mientras se agitaban los partidos ensoberbecidos con su brillante victoria, ibase como ocultando la familia real para no dar márgen á la guerra civil, y al tiempo que acomodaban la diadema de Henrique IV en las sienes del príncipe de Orleans, salia por la vez tercera el bondadoso Carlos X del suavísimo territorio de la Francia.

Justamente irritados de que hasta ahora apenas hayamos hecho alto en las circunstancias y el valor de tan

noble sacrificio, publicamos una relacion histórica de lo acaecido á la real familia desde el levantamiento de Paris hasta su embarque en Cherbourg. Si nada dice á las gentes la moderacion de su conducta y la modestia de sus virtudes, creemos que la generacion presente es insensible á los grandes egemplos de las vicisitudes humanas. El carácter magnánimo de aquel rey que hemos visto perecer en un patíbulo para dejar á sus vasallos la paz que negaban á su esposa y á sus hijos, brilla en el augusto príncipe que sale como prófugo de su patria para pasar tal vez el resto de sus dias en un misero destierro. ¡Ah! ¡una nacion tan generosa como la Francia debia prescindir de todo cálculo político para ofrecer hospitalaria acogida á sus canas, y una tumba en san Dionisio á sus cenizas!

SABIDO es que los decretos publicados en 26 de julio ocasionaron en Paris un movimiento de asombro súbitamente convertido en sangrientos amagos de desobediencia y rebeldía. En la misma noche se notaron grupos de funesto augurio en varios puntos de la inmensa capital, se oyeron gritos de alarma, fueron rotos diferentes faroles y destruidos los cuerpos de guardia que presentaban menos resistencia. El tumulto anduvo de tal suerte aumentando en el siguiente dia que ya no cupo la menor duda de que el volcan seria difícil de apagar. Cuando los partidos mutuamente se amenazan y puede acriminarse al primero que rompe el fuego el delito de haber dado impulso á la guerra civil, niéganse por algun tiempo á ser agresores como si los gritos de la conciencia y del verdadero patriotismo tuviesen en aquel instante una fuerza desconocida. Pero en cuanto suena un tiro, en cuanto se descarga un sablazo las consideraciones cesan, las cuadrillas se revuelven y comienzan las terribles calamidades que trae consigo el furor de las discordias intestinas.

Así que se supo en Saint-Cloud el mal aspecto que tomaban los asuntos de Paris, mandó el gobierno al mariscal duque de Ragusa que fuese á tomar el mando de su guarnicion, declarando al mismo tiempo á la ciudad en estado de sitio. La guerra civil iba sin embargo en aumento: cerráronse las barreras (1), desempedráronse las calles, tomáronse por asalto los parques y las armerías, y preparáronse todos á una lucha pertinaz contra la guarnicion y los demas cuerpos que acudieran á sostenerla. Desde aquel momento se empezaron á ver rasgos algo semejantes á los mas terribles de la revolucion de 1789, y aun hubo gentes que recelaron no acabase tanto desórden con un atentado como el que desacreditó en 1793 la nobleza y la lealtad de los franceses.

El conde de Girardin, montero mayor del rey, pintó á S. M. la situacion de Paris: á él se juntaron los duques de Maillé, de Luxemburgo y de Duras haciendo vivas instancias para que se pusiese en salvo la familia real. Acostumbrado empero Cárlos x á hacer rostro al ímpetu de las revoluciones, y muy capaz de morir por su pueblo por lo mismo que lo era de mandarlo, despreció el empeño de estos señores y no quiso soltar el gobernalle mientras su constancia pudiese aun ser útil á la causa pública.

Es fuerza decir que los salones y las galerías de Saint-Cloud ofrecian un desagradable contraste con las calles y los alcázares de la tumultuosa capital. Si reinaba en ellos una actividad, una energía, un bullicio que anunciaba el mas desencadenado fanatismo, notábase en las gentes que rodeaban al soberano un desconsolado abatimiento, sin que brillase entre ellas quien tuviese la serenidad suficiente para dar acertado impulso á tan delicada máquina de negocios. Aquellos magníficos aposentos, llenos tres días antes de altos personajes y distinguidos gefes, hallábanse ahora silenciosos y desiertos. Solo se descubria entre sus

(1) Las barreras (*barricades*) de Paris empezaron en la conspiracion de la liga verificada contra Henrique III en 1588. Cerraron las calles con cadenas, atrincherándolas luego con pipas de enorme tamaño llenas de tierra. La intencion de los conjurados era no dejar entrar sino á los que sabian el verdadero objeto de la alarma, y así, sin temor de ser acometidos por la espalda, atacar el alcázar real, pasar la guardia á cuchillo y apoderarse del príncipe.

revueltas un grupo de quince personas sobrado espantadizas para figurar en tales escenas, atentas sobremanera á las noticias que se iban recibiendo de Paris. Ocupábanse entre tanto en vanas cuestiones y arreglos sin acordarse de que en semejantes casos nada valen las teorías, y solo se necesita un brazo robusto para obrar y una cabeza bien organizada y firme para dirigir. ¡Ah! ¡por qué dormian en la tumba aquellos adalides de la nobleza de la Francia tan célebres por su fidelidad como por su valor!... no imitáran por cierto á los imbéciles griegos de Constantinopla puerilmente enredados en discusiones teológicas mientras trabajaba los muros de la oriental metrópoli el rústico ariete de los otomanos.

Desde las mismas ventanas de Saint-Cloud veíase tremolar en los edificios públicos la bandera tricolor y elevarse en diferentes grupos de nubes el humo que arrojaban los cañones y fusiles. Añádase á semejante espectáculo los apresurados golpes de la campana de rebato, el són continuo de la generala, las descargas de artillería, y aquella especie de pavor que en estos lances se nota en los que medio chamuscados y sin tino vienen huyendo de la refriega. Tal era la situacion de aquel real sitio cuando el conde de Argout, par de Francia, y el marques de Semonville llegaron en calidad de diputados y fueron conducidos á la presencia del rey. Arrojóse este último á sus plantas, descubrióle el estado de la capital, díjole que vacilaba su diadema, y acabó conjurándole en nombre de la real familia para que diese crédito á las indicaciones de un anciano que ya no esperaba en la tierra sino la paz del sepulcro. Propúsose al señor de Montemar para primer ministro, quien debia escoger el consejo y obrar de modo que entrasen en él los señores Casimiro-Perrier y Laffitte. Otras disposiciones fueron tomadas al mismo efecto, ninguna de las cuales tuvo resultado feliz por demasiado tardía, pues obligaban al propio tiempo los amotinados al mariscal Marmont á evacuar las Tullerías y retirarse hácia Saint-Cloud por los campos Elíseos y el bosque de Boulogne. Á poco rato llegaron con esta nueva disfrazados los ministros, metidos en despreciables calesas y llevando por escolta á tres escuadrones de lanceros.

El duque de Angulema montó á caballo á las dos de la tarde y corrió al encuentro de las tropas que se retiraban de Paris. Habia corrido la voz de que el soberano abdicaba en él la corona, por lo cual fue acogido entre las filas con los repetidos clamores de ¡viva el rey! No cabe duda en que tres dias antes le conservára esta medida la diadema; pero ya se habia dejado conocer á los descontentos el respeto que inspiraban y la fuerza que tenian, y era por consiguiente inútil toda capitulacion que sostuviese el decoro de la familia real.

A su vuelta de Paris publicó el duque de Ragusa una especie de proclama en la que decia á las tropas que ya se habia derramado bastante sangre, que los partidos entraban en negociaciones y que se iba á distribuir una gratificación á los soldados. Desgraciadamente como generalísimo del ejército habia dado el duque de Angulema cierta orden en la que aseguraba todo lo contrario. La equivocacion era nacida de que el mariscal no diera parte á su alteza de la proclama sobredicha, y atribuyéndolo el generalísimo á una traicion tanto mas digna de nota cuanto mas apurado se veía el término á que llegaban los negocios, recibió con el mayor desagrado al duque de Ragusa y aun le mandó entregar la espada, dejando traslucir en su semblante y sus palabras una parte de sus fundadas sospechas. Respondióle con fiereza el mariscal que nunca entregaba el acero, y que quien aspirára á vanagloriarse de poseerlo se lo habia de arrancar á viva fuerza. Arrojóse entonces el mismo duque á él, y arrebatándosele con precipitacion y violencia hubo de herirse ligeramente en la mano. — Arrestarlo, gritó en seguida: arrestarlo y ponerle centinelas de vista. — Rodeáronle seis guardias de corps en el mismo instante y le condujeron á otra estancia. Iba entre ellos el antiguo mariscal con la cabeza desnuda y sin espada, advirtiéndose en su ademán, aunque resuelto y erguido, algo de despechado y melancólico.

La reflexion no obstante y algunos pormenores sobre la inadvertencia de las dos proclamas calmaron el resentimiento del delfin. Muy pronto mandó que se retirasen los guardias de corps que custodiaban al mariscal, y encargó al duque de Luxemburgo fuese á presentarle la espada y

el sombrero. Así lo hizo invitándole á pasar al cuarto del rey, quien le dió cual nunca pruebas de amistad y cariño. — Nadie me ha herido sino vos, señor mariscal; díjole el delfin cuando Marmont pasó á visitarle.

— En diez y seis años que sirvo á S. M., respondióle el duque con nobleza, jamas hubiera creido que pudiese llegar el caso de cometer, aunque involuntariamente, semejante irreverencia.

Este inoportuno acontecimiento tuvo el fatal resultado de que ya el mariscal no quisiese incorporarse del mando. En consecuencia todo el peso del ejército recayó en el duque de Angulema.

Hubo á la sazón dos alarmas en el castillo de Saint-Cloud: la primera fue ocasionada por algunos paisanos armados de la villa de Avray, y la segunda por la desercion de un regimiento colocado á la entrada del parque, el cual abandonó su puesto y dirigióse por el puente de Sevres, despues de haber roto é inutilizado una porcion de sus fusiles.

Lució en esto la aurora del 31 de julio destinada á ser la última de la monarquía legítima. Las tropas fatigadas, de un combate de tres dias, mal alimentadas, sin ninguna paga, y aturdidás con la triste perspectiva de la guerra civil; empezaron á desordenarse y abandonar sus banderas. No solo se renunció desde entonces á toda medida ofensiva, sino que vieron claramente que no podian permanecer los escuadrones realistas en torno de los muros de Saint-Cloud sin comprometer la seguridad de la familia real. Resolvióse la salida. Se dió principio á ella á la una de la noche, despues de haber cerrado y desenlosado el puente. No es fácil formarse una idea de la confusion y desorden que reinaron en esta imprevista retirada: carros, caballerías sin cuento conducidas por gentes pusilánimes, llenas de terror, se precipitaban por los caminos y los atajos, interceptando la marcha y destruyendo la regularidad del movimiento que se habia dado á la línea. La guardia real formó en batalla en la parte interior del parque, y al despuntar el dia el monarca y su familia bajaron á colocarse entre las filas de los guardias de corps. No hubo uno de ellos que no se sintiese penetrado de dolor al ver aquel malhadado rey, rodeado de

una madre afligida y de niños soñolientos, huyendo de una revolucion que los derribaba en menos de tres dias del trono mas brillante de la Europa. ¡Quién no se acordaria entonces de que otra revolucion como esta lo arrancára de su patria llevándolo en larga peregrinacion por extraños climas, por incógnitas riberas! Echábase de ver en su apacible semblante la tranquilidad del hombre justo y la sensible expresion de la desgracia. Todo lo abandonaba para evitar á su pueblo los desastres de la guerra civil, así como un hermano suyo inclinó dócilmente la cabeza en un patíbulo para ahorrarle calamidades de igual temple. Cuando llegó la comitiva á la villa de Avray ya las insignias de la monarquía habian desaparecido y se notaban en cambio varios indicios del triunfo de la revolucion. A las cinco entraba el rey en Versálles sin haber manifestado otro pesar que el que tiernamente sentia por las penalidades de su familia y por los infortunios de su patria.

Permanecia entre tanto el duque de Angulema en derredor de Saint-Cloud con el objeto de defender las avenidas del puente. Varios paisanos de Boulogne y de las cercanías empezaron á esto de las nueve de la mañana un tiroteo hácia la orilla derecha del Sena. Acudió al momento el duque, pero como la marcha del rey ya se sabia en Paris habian enviado los descontentos fuerzas superiores al puente, por manera que las tropas del delfin hubieron de abandonarlo. Fácil en tales circunstancias fuera cortar toda comunicacion entre Saint-Cloud y Versálles: el tiroteo parecia dirigirse al mismo parque de este castillo, y allí en efecto cayó gravemente herido el duque de Esclignac, teniente-coronel de los lanceros de la guardia, bravo y escelente oficial, respetado de todo el ejército por su pericia, su entusiasmo y su valor.

Teniendo el duque de Angulema la intencion de mantenerse firme en los alrededores de Saint-Cloud, habia aconsejado al rey que no saliese de Trianon; pero obligado ya á pelear en retirada por el mencionado movimiento de los parisienses, hubo de encaminarse hácia este punto adonde llegó al dar el medio dia. Diferentes noticias iban anunciando al monarca el incendio de la insurreccion y que por todas partes tomaba el pueblo las armas. Variós

fusilazos disparados en los arrabales de Versálles, y otros que se oyeron por las alamedas de Trianon, decidieronle á abrirse paso por todos los medios posibles hasta la villa de Rambouillet. Desde el 29 habíase igualmente levantado el pueblo de Versálles saqueando los pabellones de los guardias de corps con tal encarnizamiento que muchos de ellos debieron únicamente la vida á la intervencion de la guardia nacional, cuya conducta fue generosa y admirable. Temiendo en consecuencia aquellos habitantes que las tropas reales no castigasen su falta de hospitalidad hácia unos guerreros, que podian considerarse quince años habia como conciudadanos suyos, rehusaron la entrada al general Vincent cuando en el dia 30 se presentó allí con algunos escuadrones de caballería. Acudió el general Bordesouille en la tarde del mismo dia con respetable refuerzo, y despues de algunas conferencias en las que les aseguraron que no entrarían guardias de corps en la ciudad ocupáronla aquellos valientes, y el rey pudo tranquilamente atravesarla en la mañana del 31.

Al salir de Trianon dimos la vuelta por el parque de Versálles y alcanzamos el camino de Rambouillet pasando por debajo de los muros de Saint-Cyr. Los discípulos de esta escuela acababan de llegar de Saint-Cloud donde se hicieron acreedores al mayor aprecio por su buena conducta, lealtad y firmeza.

Allí fue donde descubrimos formados en batalla en el mismo camino real los restos del bizarro cuerpo de la gendarmería de Paris. Aun ostentaban una fuerza de quinientos hombres, capitaneados por el mismo coronel Foucault de quien se dijo que estaba peligrosamente herido. Al ver aquellos veteranos el noble y resignado semblante de la familia real hicieron resonar por los aires el grito de *viva el rey!* y esta palabra mágica para los franceses halló un fervoroso coro entre los leales que iban acompañando al afligido monarca.

Las nueve serian de la noche cuando entró S. M. en Rambouillet. A las ocho aun se ignoraba su llegada, lo cual podrá suministrar una idea del desórden que hubo de causar en aquella estrecha poblacion el establecimiento de la córte y sobre todo el de su numerosa comitiva. Dispúsose el alojamiento del rey en los jardines Ingleses que

rodean el castillo, mientras las tropas de la guardia y la artillería se estendieron por el parque coronando los montes circunvecinos hasta el pueblo de Perey.

Como no es mi ánimo entrar en la narración de los rápidos acaecimientos que colocaron en París la diadema de la Francia en las sienas del duque de Orleans, pasaré en silencio las repentinas mudanzas sobrevenidas en poco tiempo al gobierno de aquella capital para únicamente ocuparme de pormenores concernientes al campamento de Carlos x. La carta dirigida por el soberano á Luis-Felipe nombrándole para el sublime ministerio que desempeña y la respuesta atribuida á su alteza real, eran el objeto de todas las conversaciones y la cuestion que sin cesar se discutia entre los pocos militares que permanecian leales á sus antiguas banderas. Andaba muy valida la voz de que solo para restablecer la paz aceptaba una mision tan delicada y espinosa, y que una vez logrado su deseo bajaría del trono con la misma generosidad y desprendimiento que ahora subia á él.

Agobiado no obstante el anciano monarca bajo el peso de tantos infortunios, abdicó la corona sin despedir un suspiro, al paso que lleno de angustia el delfin, así por la inesperada marcha de los negocios públicos como por la perversidad y falsía de muchas personas á quienes colmára de beneficios, puso humildemente al pie de la cruz sus incontestables derechos á la hermosa diadema de la Francia, y ya no se advirtió mas pesadumbre en su rostro que la melancolía de un súbito desengaño. Todos miraron desde entonces al duque de Burdeos como al sucesor de Henrique iv, sin embargo de que prohibió su abuelo que aun se le diese el título de rey. Quiso con todo que tuviese noticia de las mudanzas que acababan de trastornar la monarquía por boca de su ayo el baron de Damay, sugeto respetable á todas luces, sobremanera digno de dirigir los pasos del precioso vástago de los Borbones. Fué pues hácia su real discípulo y hablóle en tono blando y afectuoso de los últimos movimientos de la Francia, de las desgracias del rey y del sacrificio que hacia para conservar la paz de sus pueblos. Pintóle los desastres de la familia real, el desaliento de los partidarios que tenia la casa de Borbon y como todos veían brillar en él la es-

peranza de tan augusta dinastía, por lo que era ya preciso que empezase á humillarse ante el Dios de los egércitos pidiéndole con tierno corazon y abundancia de lágrimas las cualidades suficientes para restablecer el eclipsado esplendor de sus abuelos, y rivalizar con los gloriosos monarcas de tan ilustre prosapia.

Tiernamente conmovido el ánimo del joven príncipe dió rienda á un copiosísimo llanto y abrazó al leal anciano pidiéndole con mucha instancia el permiso de visitar á su abuelo. Pasó el resto del dia en reflexiones superiores á su corta edad sin acordarse de sus pasatiempos favoritos, y cuando pudo ver al rey arrojóse á sus brazos bañado en lágrimas y prestó respetuosa atencion á sus graves y cariñosas amonestaciones. Al presentarse despues á S. M. el mariscal de servicio y el capitán de guardias á pedir la órden, envióles al duque de Burdeos de quien empezaron desde aquel dia á recibirla.

Entre tanto la delfina, que habia mas de un mes estaba tomando las aguas de Vichy, acababa de llegar á Rambouillet. Á su vista prorumpieron los soldados de la guardia en fervorosos gritos de alegría, tanto mas entusiastas cnanto que se habian esparcido voces siniestras acerca del destino de esta princesa. Los guardias de corps saliendo en tropel de sus alojamientos rodearon el coche en un instante sin dejar de exclamar ¡viva nuestra delfina! ¡viva nuestra madre y protectora! Era en efecto digna de títulos tan lisonjeros en razon á su bondad y á que nunca la implorára en valde ningun individuo de este escogido cuerpo. Sensiblemente enternecida presentaba las manos á aquella multitud de jóvenes, cuyo atropellamiento y desaliño hacia singular contraste con la ceremoniosa etiqueta que acompaña siempre á las personas reales. Algunos no tuvieron tiempo para ponerse el uniforme, otros acudieron en el mismo abandono y negligencia que les sorprendió áquel acontecimiento, pero nada impedía que su alteza se mostrase agradecida á tales pruebas de afecto, pues sin duda tuvo presente en aquellos momentos de tierno desahogo que la etiqueta, el bivaque y la desgracia no navegan juntos.

En Dijon habia sabido la verdad de los sucesos de París. El impulso de aquel movimiento comunicándose mas

rápido que la chispa eléctrica por todas las provincias de Francia, produjo un efecto maravilloso en la ciudad donde se hallaba la delfina. A pesar de ello quiso asistir al teatro y permanecer allí en medio de los gritos poco respetuosos de la muchedumbre. Al salir tomó con las personas que le acompañaban (1) vestidos de la mayor sencillez á fin de no llamar la atención y llegar tranquilamente á Fontainebleau, donde ya ondeaba el estandarte tricolor. Como su seguridad podía correr algun riesgo en esta población se dió la orden de que todo estuviese pronto para la partida. Salió poco despues uno de sus coches en el que iban solo algunas damas de honor y encaminóse á Orleans escoltado por algunos individuos de la gendarmería. Generalmente se supuso que marchaba en él la duquesa, pudiendo ocultarse al público á beneficio de este ardid que partia al mismo tiempo con direccion á Paris y sin otras precauciones para su seguridad que las de un *incógnito* el mas rigoroso. Supo en la cruz de Bernis las desgracias de la capital, el abandono de Saint-Cloud y la ocupacion de Versálles, mas no por esto dejó de insistir en el empeño de pasar por esta última ciudad y correr inmediatamente á ella despreciando los consejos de gentes sobrado cuerdas é irresolutas. En cuanto entró en su recinto rodearon la carroza un sinnúmero de personas alzando el grito acostumbrado de *viva la carta!* y el oficial de guardias de corps (2) que la acompañaba, hombre valiente y decidido, cuyo celo fue muy útil en diversas ocasiones á la princesa, empezó á mover el sombrero y unir en demostracion de fraternidad sus vivas á los de un pueblo, que se hallaba muy distante de creer que traspasaba con su tumultuosa algazara el corazon maternal de una dama tan ilustre. Abriéndose paso por en medio de los grupos, echando apenas una ojeada melancólica á los que contemplaba como hijos, aunque al parecer se com-

(1) Los señores Conflans y Faucigny y madama de Saint-Mauro.

(2) El conde de Faucigny. Hubo quien le conociese á pesar de la variacion de tragé, y al querer gritar *aquel es un guardia de corps*, *aquel es Faucigny*, púsole un desconocido la mano en la boca diciéndole que si era tan vil que revelase el inocente ardid de un desgraciado, le levantaria la tapa de los sesos. Sin esta casualidad inesperada quién sabe los riesgos á que hubiera estado espuesta la princesa.

placian en atacar el prestigio y el poder de la familia reinante, emprendió el camino de la población en que se habia refugiado Carlos x, para tener siquiera el consuelo de llorar en el seno de una familia desgraciada, despues de haber sufrido zozobras tan amargas como imprevistas.

Por otra parte el mismo dia en que el rey abdicó la corona recorrió con su familia el campamento de sus tropas, donde fue acogido con aclamaciones aun mas bulliciosas y festivas que las que le eran prodigadas en los dias de la prosperidad. Cual si la desgracia hubiese aproximado á las personas, comunicándolas un vínculo de fraternidad desconocida comunmente en la opulencia, observábase un cariño mas afectuoso y recíproco entre los vasallos y el monarca, y un consolador estímulo en el entusiasmo y la sensibilidad con que mutuamente se lo manifestaban.

Pero habia ya tres dias que marchaban los negocios públicos con una rapidez inexplicable. La revolucion estaba hecha, las proposiciones y los sacrificios del príncipe se habian presentado veinticuatro horas sobrado tarde, y hasta el último de todos, el que arrancó mas lágrimas á esta familia augusta, la separacion del duque de Burdeos, acababa de ser desdeñosamente desairado. Solo quedaba pues al sucesor de Luis xvi una resignacion pacífica á los misteriosos decretos de la Providencia.

Por lo demas nadie ignora que el ministerio de Carlos x fue sorprendido por el grito de la revolucion de julio. Incapaz por sobrada sinceridad ó poca penetracion de presumir tan súbito y general levantamiento, no habia formado almacenes, ni reunido tropas, ni echado mano de ningun medio al efecto de precaver tales tumultos. Lo único que pudo disponer en medio de tan rudo choque fue el que corriesen á marchas forzadas varios regimientos hácia la capital, los cuales á medida que iban llegando á las barreras encontrábanlas cerradas y defendidas por un pueblo empeñado tenazmente en alejarlos de aquella población fanática é inmensa. De aquí es que empezaban á divagar en torno de Paris sin determinado objeto, sin órdenes que los dirigieran, sin víveres que los mantuviesen, sin sueldos que los recompensasen. En vano pudieron reunirse algunos de ellos al mariscal Marmont y atravesar otros hasta Saint-Cloud, pues fatigados de tanta incerti-

dumbre los restantes y seducidos por los parisienses, que sin cesar les brindaban con víveres y regalos, comenzaron á desmandarse, á tirar los fusiles, á hollar aquellos sagrados principios del pundonor, único y verdadero sosten de la fidelidad y la disciplina. Para colmo de desgracias los que permanecian leales retirábanse en cuadrillas á Rambouillet donde ya se percibian los rigores de la carestía: el rey no tenia medios para alimentar sus tropas; todo el dinero de lo familia real reunido no pasaba de cien mil francos en cédulas de banco; no se encontraba quien accediese á prestarlo y los capitalistas que dos dias antes hacian alarde de poseer grandes cantidades en obsequio de su monarca, no hallaban ahora una sola peseta para corresponder á sus instancias. Acudióse en último recurso á la plata y las alhajas, por cuyo medio pudo juntarse un caudal suficiente para comprar cierta cantidad de harina. Erigieronse en panaderos del ejército algunos soldados que habian ejercido este oficio, á los que arrancaban los demas el pan á medio cocer hostigados por el deseo de remediar el hambre. El vino, la carne y los demas artículos indispensables para la manutencion de gentes acostumbradas á medianas comodidades, faltaban de tal suerte en el campamento que bien podia asegurarse que iban á perecer de escasez las mejores tropas del rey junto á los muros de la ciudad mas opulenta del orbe, y en una de las provincias mas ricas y abundantes de la Francia.

Preciso es confesar, á despecho de la humanidad y de la luminosa razon que nos inspira tanto orgullo, que los que no tenian un alma pundonorosa y varonil sucumbieron inmediatamente á estos desastres. Volviendo la espalda con vergonzosa facilidad á peligro tan honorífico abjuraron una opinion que constituía poco antes toda su fama y su mérito. He visto á oficiales de gran corazon, que dejándose vencer en aquel campo de los contratiempos que acabo de indicar, marchaban á la cabeza de sus escuadrones ó los seguian como llevados de un impulso maquinal, y solo por la inveterada costumbre de someterse á las leyes del honor y del deber sin que ya obrara su espíritu con independencia y serenidad.

Debo igualmente referir que en el mismo pueblo se verificó la separacion de algunos empleados de alto co-

turno que habian seguido hasta entonces á la familia real. A centenares llenaban los salones de palacio en dias mas prósperos: á centenares rodeaban y aplaudian al bondadoso monarca; pero cuando una tienda de campaña hubo de sustituir á la púrpura del dosel, estos cortesanos de la fortuna no la hallaron bastante decorosa para sus bordados y permitieron que el soberano no tuviese en derredor de sí otro séquito que el de aquellos guerreros humildes, á quienes miraban con el mayor desden ocho dias antes. Hagamos no obstante la debida justicia al noble conde de Hocguart, que no quiso abandonar su destino y continuó desempeñándolo hasta Cherbourg.

En medio de tanto trastorno, de tamaña imprevision y del asombro que entorpecia las facultades de todos, apareció un hombre cuyo celo y presencia de espíritu fueron la salvacion de tan abatida gente. Unico miembro de la intendencia de campaña que teniamos entre nosotros supo hallarse en todas partes, multiplicarse por decirlo así para hacer el bien, y si percibimos algunos víveres y aun por último la paga correspondiente fue debido á su penetracion y mas todavía á su eficacia. Varias veces en el breve término de veinte dias se vió en el riesgo de perder la vida, la cual salvó en tan apurados lances con solo el auxilio de su serenidad y valor. Agradecido á tanta actividad y celo dióle Carlos x las gracias con la mas espresiva ternura, al paso que se grangeó la estimacion de los diputados del gobierno recién establecido, y atrajo sobre su cabeza las bendiciones de los guardias de corps y demas cuerpos, que nunca cesaron de repetir con entusiasmo el nombre del sub-intendente militar *Weyerler de Navas*.

La villa de Perey colocada á legua y media de Rambouillet en el camino de Paris hallábase defendida por un regimiento, que juzgando inútil aquella posicion la abandonó para tomar cuarteles en el punto donde residia el monarca. Esta falta comprometia notablemente nuestra situacion, sobre todo desde que tuvimos conocimiento de que algunos hombres armados habian entrado en aquel pueblo. Tratóse inmediatamente de volver á ocuparlo, pero en atencion á que eran continuos los correos que iban de Paris á Rambouillet, los cuales mantenian cierta

inteligencia entre Carlos x y el gobierno de Paris, se desechó este proyecto como una medida hostil para no dar el mas frívolo pretexto á rompimiento alguno. De consiguiente quedó Percy en poder de unos veinte paisanos armados, quienes mataron en aquel mismo dia al coronel Lainé (1), que habia servido anteriormente en la gendarmería de Paris. Tambien fue herido frente de nuestras avanzadas y á poca distancia de la misma villa otro oficial de graduacion, sin que se hubiese dado la mas leve ocasion para semejante desacato. Rehusó el rey por la mañana recibir una comision de la municipalidad de Paris; pero habiendo sabido que tomaban lúgubre aspecto los asuntos, hubo de manifestarse mas resignado y asequible cuando se presentaron por la tarde el mariscal Maison, representando la cámara de los pares, y los señores Schonen y Odillon-Barrot revestidos de igual ministerio de parte de los diputados y la guardia nacional.

Llegó esta diputacion á las avanzadas al tiempo que anochece, y segura de que no seria desechada ni ofendida, á pesar de sus cintas y divisas tricolores, entró en el pueblo y fue conducida ante el destronado monarca. Los diputados pintaron al rey el peligro que corria permaneciendo en la Francia. Dijéronle que el tumulto iba creciendo en Paris, y que les habia confiado el gobierno la comision de acompañarle, porque pasaban de quince mil hombres los que echando mano de todos los carruages que podian embargar querian agolparse sobre Rambouillet, obligarle á salir del reino y cometer tal vez algun desaguisado contra su respetable persona. Añadieron que apenas le quedaban momentos para resolverse, apenas muy escasas horas para verificar con algun arreglo la retirada, y el rey, que ya empezaba á perder las esperanzas, viéndolas destruidas de un golpe con tan infausta nueva, dió la órden al fin para semejante partida. Hubo de repente un movimiento universal entre los fieles soldados que aun le obedecian : diez mil hombres en actitud imponente

(4) Al ver este bravo oficial que era acometido por un peloton de hombres armados consideró la resistencia como inútil, mas no por esto quiso inclinar dócilmente el cuello á la cuchilla. Revolvióse entre todos y combatió con notable espíritu y gallardia. = ¿Por qué no te rindes? preguntóle uno de sus enemigos. = Por no deberte la vida; respondió el coronel.

y guerrera iban siguiendo á tres personas desarmadas, cuyo predominio ya únicamente existia en el sello augusto de la legitimidad que brillaba en su nobilísimo semblante.

Llegaron en efecto hácia la media noche los amotinados de Paris á los muros de Rambouillet, pero la familia real se hallaba ya bastante lejos de aquel punto por el camino de Maintenon. Á las tres de la mañana entró el rey en casa del duque de Noailles, y reparó sus fuerzas por medio de un breve descanso. Las tropas de la guardia habian seguido la marcha hácia Maintenon, villa donde permanecieron sin pasar adelante, porque S. M. no pudo ya conservar sino dos piezas de artillería y las cuatro compañías de guardias de corps. Á las nueve de la mañana del 4 de agosto las hallamos formadas en el camino de Dreux, presentando á los nobles emigrados el tributo de sus postreros homenajes y honores. Tierna fue la despedida de estos valientes: vimos á varios oficiales romper las espadas y jurar á su malhadado monarca que á nadie servirian sino á él. Los coroneles mandaron recoger las banderas, y aquella guardia tan honorífica y brillante, aquella guardia tan recomendable por su disciplina como por su lealtad, cesó desde entonces de existir.

Sin el embarazo de tantos carruages, sin la lentitud con que marcha la infantería, y reducida la escolta del rey á ochocientos caballos, pudo emprenderse la marcha con mas rapidez y por consiguiente con mayor seguridad. Llegó la familia real á la vista de Dreux donde ya ondeaba á merced de los vientos la bandera tricolor; pero la guardia nacional quiso oponerse á su entrada. Mil cuentos absurdos, mil voces tan denigrantes como falsas habian circulado con tal énfasis entre aquellos habitantes, que fue preciso hubiese largas conferencias, y aun que se empeñasen enérgicamente los diputados para que no impidieran el paso á los ilustres viajeros. Al fin conseguimos entrar, y vimos las calles llenas de individuos de la guardia nacional, entusiastas decididos, haciendo alarde entre nosotros de la escarapela tricolor. Era aquella la primera ocasion en que semejante espectáculo se desplegaba á nuestros ojos, causándonos una impresion casi imposible de describir. Hasta entonces no conocimos lo crítico de nuestra suerte; pero al ver aquellos síntomas tan

notables de insurrección y funesto acaloramiento, no se nos pudo ocultar que el monarca no era mas que un prisionero de alta esfera. sus soldados una guardia de honor, y que la mas leve imprudencia podía comprometer sus días.

No hay duda en que todos los guardias de corps hubieran sacrificado su vida por salvar la suya; pero ¿qué podrían obrar viéndose obligados á atravesar por poblaciones populosas y fabriles, y estando bajo su custodia larga fila de coches, á los que una frágil barrera hubiera podido detener?

Durante el tránsito del rey la guardia nacional presentó las armas, y los guardias de corps acamparon en las alamedas y paseos de la villa.

El 5 de agosto llegó la comitiva á Bernevil, y las tropas se estendieron en derredor de la casa donde habian alojado al descendiente de Luis XIV.

Después de una fatigadísima jornada llegaron el 6 á la villa de Laigle, cuyos moradores habian acogido con fervor las novedades de Paris, manifestándose celosos partidarios de aquel indisculpable movimiento. Hubiera sido de temer que hubiese allí algun choque lo mismo que en Dreux, si los principales habitantes no trataran de precaverlo. La guardia nacional recién organizada ocupó los puntos mas ventajosos de la poblacion, y una proclama de las autoridades apaciguó todo ademas provocativo y hostil. Prohibiéronse los gritos, condenáronse las injurias, y solo sucedió como en Dreux y Bernevil que se amontonase una multitud estúpida y curiosa en derredor nuestro, sin que dejase apenas el suficiente claro para el paso de los caballos y carrozas. Hallábanse pocas fisonomías entre tantos rostros que ofreciesen alguna esperanza de amistad; pero lejos de soltar en cambio injuria ó expresión mal sonante, guardaban constantemente el mas absoluto silencio. Tropezábamos de cuando en cuando con mugeres que rendian desde las ventanas su tributo de lágrimas á la desgraciada familia, sin que interrumpiera el pueblo sus demostraciones dolorosas, ó por considerarlas de poco momento, ó por una especie de generosidad hácia los desterrados.

Los guardias nacionales de Laigle presentaron las armas

al pasar el rey, y nosotros les correspondimos con los militares saludes.

Encaminóse el día 7 la columna á Mellerant. El calor excesivo de aquel mes se habia hecho insoportable por las nubes de polvo que levantaban los caballos, y las que removian los carruages, precisados á marchar á muy corto trecho unos de otros.

Para respirar con mas desahogo solian dejar el coche los individuos de la familia: el rey y el delfin montaban á caballo: las princesas y sus hijos marchaban á pie halagando á los guardias de corps, y ensalzando sobrado reconocidas su celo y perseverancia. A veces hablaban tambien á los paisanos que salian al camino real y hacian afectuosas caricias á sus hijos. Recibian las gentes con respeto semejantes muestras de cariño, aunque ignorasen por lo comun que tenian de agradecerlas á personas de tan alta gerarquía. No dejaba de ser un espectáculo bastante tierno para cuantos formábamos parte de aquella retirada, el ver á la hija de tantos reyes pidiendo un vaso de agua al mas humilde villano de la aldea para poder apagar la sed. Y si se considera que andando de esta suerte, y sembrando en todas partes afectuosos recuerdos de su benevolencia, atravesó á pie dos lugares donde acababan de plantar los elevados árboles de la libertad; podremos formar una idea de las angustias que interiormente sufría, aunque solo respaldándose en su semblante una resignacion sumisa á los decretos del Altísimo. Llegamos al estenso pueblo de Mellerant cuyos sabrosos pastos producen los mejores caballos de Normandía. Tres compañías de guardias de corps acamparon allí en huertas tan deliciosas que hubieran sido preferibles á las mejores habitaciones, si una copiosa lluvia no las inundara de agua convirtiéndolas casi en intransitable y pantanoso recinto.

Alojóse el rey en casa de un antiguo guardia de corps llamado M. de Larogne, aunque era poco capaz para recibir cómodamente á toda la familia real. Así es que la duquesa de Berry vino con otra de las princesas de la comitiva á pasar largos ratos en nuestro campo: allí hablaban sin rebozo ni afectacion alguna de los trages y ropas que les faltaban y no pudieron procurarse en aten-

cion á la rápida salida de Saint-Cloud, y de los labores á que con preferencia se dedicarían para suavizar las amarguras de su áspero destino.

El 8 salimos desde muy temprano con direccion á Argentan á pesar del abundante aguacero que caía. Hallámos organizados en esta villa la guardia nacional, que desdeñó saludarnos con los honores y evoluciones de costumbre. Hubo sin embargo una profunda calma, y fue religiosamente obedecido el edicto del maire que prescribía semejante moderación. Los habitantes recibieron con bastante agrado á los viageros, unos por inclinación y otros por moverles á ello el apacible y resignado continente del monarca. Allí permaneció el rey el día 9, y se dió por la vez primera algun socorro á los guardias de corps: allí supimos también que las cámaras habían proclamado y reconocido al duque de Orleans por rey de los franceses, bajo el nombre de Felipe 1º.

Continuamos marchando hácia Condé-Sur-Noireau pasando por Guibray y Falaise, donde no nos detuvimos aunque se nos juntaron allí M. Pommerage, miembro de la cámara baja, y el coronel Chatry-Lafoise, enviados por la provincia de Caen. Sobremanera adictos los habitantes de este departamento al reciente trastorno del gobierno, veían con tanta pesadumbre que se prolongase el viage de Carlos x como los que marchaban al frente de la nueva revolución. Llevados de estas ideas propusieron que se abreviase la distancia atravesando la comitiva por el mismo Caen, en donde salían responsables de que habría tranquilidad; pero el rey desechó una proposición tan patentemente dirigida á que embarcándose en Granville, ó cualquiera otro puerto de los mas vecinos, saliese cuanto antes del territorio de la Francia.

En Condé nos hallamos con un pueblo abiertamente decidido por el partido victorioso. Ni hizo la guardia nacional los honores militares, ni hubo demostración alguna que pudiese indicar algun rasgo de benevolencia ó tolerancia; fuimos con todo regularmente acogidos, pero produjo la presencia del duque de Ragusa un resentimiento y deseo de venganza tan colérico, que quisieron sorprenderle de noche en su alojamiento para asesinarle. Súpolo con tiempo el mariscal Maison, y dispersando el

tumulto salvó la vida á tan ilustre gefe. De allí en adelante procedió con mas cautela no llevando otra distinción que la cruz del Santo-Espíritu, y alojándose en la misma casa que ocupaba el soberano.

Salimos el día 11 de Condé y tomamos el camino de Vire: sus cercanías habían sido desbaratadas por los incendios de abril y mayo que los dos partidos se echaban mutuamente en cara. Las mas escrupulosas indagaciones de la justicia no pudieron descubrir á los culpables; pero como despues de la desgracia de la monarquía legítima, una muger, que segun se dijo no quiso hablar hasta entonces, declaró que por instigación de cierto clérigo pegára fuego á ciertos edificios, cundió repentinamente esta acriminación falsa para mas desacreditar al ministerio anterior, y los nombres de Polignac y de incendiario vinieron á ser sinónimos.

Durante nuestra detención en Vire contóme mi huésped la anécdota siguiente. En el único día festivo que medió entre la abdicación del rey y el ensalzamiento del duque de Orleans, al entonar el canto en la iglesia el sacerdote *Domine, salvum fac*, detúvose indeciso antes de pronunciar la palabra *Regem*, y solo despues de algunos instantes de cómica incertidumbre substituyó de repente á ella las de *el gobierno provisional*.

Por mas que rehusó el rey pasar por Caen hubo de ceder al fin á las repetidas instancias de apresurar el viage todo lo posible. Dos regimientos de infantería estaban apostados á un cuarto de legua de la senda que seguimos, ya para proteger la marcha de la familia real, ya para darle mas impulso. De todos modos ocultáronse siempre á nuestra vista, y solo supimos este accidente por algunos oficiales que se aproximaron á nosotros movidos de la curiosidad de vernos desfilar.

Despues de una larga jornada llegamos á Saint-Ló, donde se distinguen los restos de un hermoso castillo perteneciente al príncipe de Mónaco. Alojóse S. M. en la prefectura, y M. de Estourmel, gefe del departamento, que dejaba su destino por no servir á otro gobierno que al legítimo, le recibió con las señales del mas sensible respeto. Descansaron con bastante desahogo los nobles transeuntes en aquel edificio, y gustaron aunque por breves

instantes de las dulzuras de un suspirado sosiego. ¡Cuál sería sin embargo el doloroso recuerdo del duque de Angulema y de su esposa al ofrecerse á su imaginación, que un año había viajaron por aquellos mismos países! Entonces la multitud levantaba mil gritos de admiración, mil ardorosas bendiciones. Brillaba la alegría en todos los semblantes y tremolaba la bandera blanca en todos los edificios. Ahora empero tétrica y desdeñosa, mostrando una curiosidad impertinente, recreábase al parecer en el espectáculo de aquel inesperado infortunio. Algunas exclamaciones de funesto augurio, muy raras á la verdad en todo el discurso del viaje, hicieron mas sensible aquel contraste; pero la honradez de la mayor parte de los habitantes y el celo de las autoridades reprimieron muy pronto aquellos indicios de imperdonables insultos. ¡Dios mio, qué diferencia! exclamaba la duquesa volviendo tristemente la vista en derredor suyo, y derramando amargas lágrimas. ¡Qué diferencia!... pero sofocando estos leves indicios de despecho ofrecia interiormente al cielo la humillación de aquel nuevo sacrificio.

A poco rato de nuestra llegada á Saint-Lô los diputados del gobierno fueron á visitar al monarca, y permanecieron largo espacio en su aposento. Su actitud y sus maneras, aunque siempre respetuosas, tuvieron en esta entrevista un aire de vivacidad é interés que no pudo ocultarse á ninguno de los concurrentes. Bien presto supimos que una reunión de guardias nacionales compuesta de seis ó siete mil individuos ocupaba el lugar de Carentan, resueltos á oponerse á que entrase el monarca en Cotentin. Habíase esparcido la voz de que al frente de veinte mil suizos y un razonable tren de artillería trataba de hacerse fuerte en esta comarca á causa de su ventajosa situación, guardar á Carentan para hacerla mas inaccesible y establecer en ella el centro de sus operaciones militares y diplomáticas. Aumentadas estas voces por las mismas pasiones que las habían promovido, fueron creídas de los habitantes hasta el extremo de poner en movimiento á los guardias nacionales de todo el distrito para hacer mas recia la operación y engruesar la fuerza de que ya he hablado. Gran cantidad de armas y municiones acopiadas en algunas casas de Saint-Lô con-

firmaba la verdad de esta noticia, bien que al ver las gentes de este pueblo que los veinte mil suizos del rey se reducían á ocho escuadrones de su guardia, conocieron la sandez de su recelo y fueron bastante discretos para mantenerse tranquilos.

Los diputados se adelantaron á Carentan despues de haber oficiado repetidas veces en valde para disipar aquel tumulto. Lográronlo al fin, pero no sin tener que luchar con una tenacidad impertinente, puesto que se había procurado exasperar el ánimo de aquellos hombres con todos los medios imaginables. Vimos desde entonces por el camino á los mismos guardias nacionales que trataron de resistirnos, retirándose en ligeros destacamentos á sus respectivos lugares, displicentes y mal humorados de que sin mas ni mas les hubiesen hecho andar tanto número de leguas. Seguramente que la idea de formar un núcleo realista uniéndose á la Bretaña, y abriendo á los ingleses el puerto de Cherbourg, no era descabellado ni destituido de travesura militar; pero para concebirla, para coordinarla se necesitaba de un hombre de genio y decisión el cual faltaba entre nosotros.

El rey no hizo mas que pasar por Carentan y enderezar el rumbo á Montebourg sin detenerse en parte alguna. En esta villa manifestaron los habitantes mas amor y compasión á los príncipes que en ninguna de las que habíamos atravesado hasta entonces. Notábase en su curiosidad algo de delicado y respetuoso, y en todos sus semblantes aquel gesto suavemente melancólico con el que tomamos comunmente parte en los infortunios de nuestros amigos ó bienhechores. Muchos de ellos se enternecieron hasta lo sumo al pasar el coche del duque de Burdeos, y gritaron con frenético entusiasmo: *se nos ha prohibido manifestar el interes que nos inspiran vuestras nacientes virtudes, mas no por eso dejaremos de suspirar por vuestro regreso ni de exclamar sin el menor reboto ¡viva el duque de Burdeos!*

Alojose S. M. en Valogne en casa de Mr. Dumenildot, cuyos ilustres abuelos acogieron en el castillo de Gueneville al rey Jacobo de Inglaterra. Desde sus altas torres contemplaba este monarca la refiada batalla de que dependía la suerte de su corona, y viendo la tenaz resistencia

de ambos partidos, y que, á pesar del derramamiento de sangre, ninguno de los dos quería ceder el campo á su contrario, exclamó lleno de marcial ardor: *¡ah! no hay tropas en el mundo que peleen con tanta bizarría como mis valientes ingleses.*

También el duque de Berry cuando se le manifestó en Alost el éxito de la batalla de Waterloo, interrumpió dando un grito al mensajero por un movimiento de patriótico pundonor imposible de reprimir: *decidme á lo menos, decidme si los franceses han peleado con honor.* Tanta es la fuerza del verdadero patriotismo en un corazón bizarro y generoso.

Los ocho escuadrones de tropas de la casa real acamparon en los paseos que rodean á Valogne, sin embargo de que la abundancia de agua que aun caía hizo sumamente incómoda semejante posición. Bien que poco acostumbrado á tamaña fatiga sobrellevó este cuerpo sin murmurar toda clase de privaciones. Véanse en sus filas jóvenes delicados, jóvenes que pasaban la vida entre el lujo y los deleites de la sociedad de París; sufrir las lluvias, dormir al raso, limpiar los caballos, y despues de penosísimas jornadas andar todavía largo trecho para procurarse forrages y otros menesteres. La fidelidad y los respetos de la desgracia alcanzaban de ellos lo que ninguna otra consideracion hubiese logrado tal vez. Asimismo debemos añadir, que si las instituciones de este cuerpo dejaban algo que desear para ponerlo en parangon con las demas tropas de la Francia, nunca como en esta ocasion pudo notarse cuánta fuerza tenían el honor y el deber en aquel regimiento distinguido, cuyos individuos fueron generalmente sacados de la oficialidad del ejército.

Objetos á un mismo tiempo de la consideracion y aprecio de sus amigos y contrarios, no puede decirse que hiciesen traicion á los impulsos de su conciencia ni que insultasen las opiniones de persona alguna. Así es que fueron bien recibidos en todas partes, y que muchas veces, adornados de cintas y escarapelas tricolores, iban á buscarlos al campamento los habitantes de los pueblos para llevarlos á sus casas y tratarles como hermanos. Esta mezcla de colores revolucionarios y uniformes palaciegos, esta especie de fraternidad entre individuos de ideas al

parecer tan opuestas, hacíanos dudar si fuese espectáculo semejante el efecto de un sueño tan rápido como lisonjero. A tales muestras de generosa tolerancia añadieron los moradores de Valogne cierta espresion y cortesania, que produjo en los que formábamos parte de aquella retirada un eterno y agradecido recuerdo de su benéfica cultura.

Dos navios americanos el *Great-Britain* y el *Carlos-Carroll*, pertenecientes segun decian á José Bonaparte, hallábanse anclados en Havre cuando se verificaron los acontecimientos de julio. Allí fueron fletados para llevar la familia real á otros reinos, por lo que se hallaban ya desde algunos dias en Cherbourg abundantemente provistos para cualquier viage.

Resolvió el rey no partir hasta el 16 al pueblo de su embarque, en atencion á lo mucho que necesitaban hombres y caballos de algunos momentos de descanso. Aprovechámonos de él para las reparaciones mas urgentes, tanto en los arneses como en los vestidos, pues de resultas de la precipitacion de Saint-Cloud nadie tenia mas equipage que el que llevaba encima. Salíó en esto la aurora del día 15, día solemne por el aniversario del voto de Luis XIII, día en que iba el monarca en procesion á la catedral de Paris rodeado de toda la pompa y magnificencia de su córte. Ahora empero casi oculto en un pueblo desconocido de la Normandía, abandonado de sus vasallos, y sin otro séquito que un escaso número de soldados que se le mantenian leales, contemplaba á lo lejos las azuladas ondas por donde al día siguiente habia de salir la vez tercera del hermoso pais que le vió nacer y reinar.

Las compañías de guardias de corps habian conservado hasta entonces sus banderas, pero el rey mandó decirles que antes de salir de Francia las deseaba recoger.

En cumplimiento de esta orden formáronse todos los oficiales y los veinticuatro guardias mas antiguos, y precedidos de las cornetas y llevando enarbolados en una misma línea los cuatro estandartes encamináronse en silencio hácia el alojamiento del rey, llenos de pesadumbre y recordando el lustre de las antiguas glorias. Hallaron allí al augusto príncipe rodeado de toda su familia, en cuyos semblantes se veía pintada la mas profunda tristeza. El

monarca parecia notablemente alterado. La delina lloraba, trasladase en el delfin cierta resignacion magestuosa, en la duquesa de Berry el aliento que presta en las grandes calamidades la confianza en las disposiciones del Altísimo, y en el duque de Burdeos la viva inclinacion característica en él á todo lo que presentaba el aspecto de una ceremonia marcial.

Tomó el rey los estandartes, abrazó tiernamente á los oficiales que los llevaban, y con la mas elocuente ternura soltó la voz á semejantes razones: «Vuelvo á guardar esas banderas cuyo honor se ha conservado sin la mas leve tacha. Mi nieto os las devolverá algun dia como se devolvian á los antiguos héroes las coronas cívicas y las palmas victoriosas. Os doy gracias por tanta cordura y fidelidad, y adonde quiera que me lleve mi destino, adonde quiera que esté condenado á lamentar el hermoso suelo de la Francia, me acordaré con preferencia de vosotros, los únicos amigos tal vez que actualmente dejo en ella. Será regular que ya no vuelva á veros, y que en este último destierro halle la tumba; pero me lisonjeo de que con el tiempo trasladareis mis cenizas á las religiosas bóvedas de san Dionisio, y que rogareis en ellas por el descanso de mi espíritu. Adios, leales caballeros de la Francia; adios, generosos amigos míos: yo y mi familia llevamos una memoria eterna de vuestros sacrificios, y un suavísimo consuelo por la fidelidad que nos habeis manifestado en la desgracia.»

Dijo, y diólos á besar sus reales manos: el duque de Angulema y su esposa hicieron otro tanto, sin que ninguno de los circunstantes pudiese contener las lágrimas al eco de la patética despedida del monarca, y á las afectuosas demostraciones de su angusta familia. Despues de nosotros entró á saludarle la *gendarmerie d'élite*, el cuerpo mas hermoso y marcial de todo el reino. Recibiólos S. M. con la misma benevolencia y agrado, hubo entre ellos y las reales personas iguales emociones y afectos, hasta que el monarca tuvo que poner fin á semejantes escenas porque ya su corazon paternal no podia resistirlas. Todos salimos de sus brazos penetrados de angustia, hirviendo en sentimientos de lealtad, y rogando al cielo que

no privase al trono de Henrique iv de una familia que le ha dado siempre tan nobilísimo realce.

Á las nueve de la mañana del 16 salió el rey de Valogne escoltado por siete escuadrones de guardias de corps y encaminóse á Cherbourg, pueblo que solo distaba cinco leguas. Este príncipe que desde su ensalzamiento al trono habia llevado constantemente una casaca azul, sin mas distintivo que el de las charreteras adornadas con la corona real, manifestóse en este dia desnudo hasta de esta simple condecoracion. Tambien dejó el delfin el uniforme de su regimiento de coraceros para presentarse en clase de paisano, y cubierto de un sobretodo de paño oscuro.

Esta mudanza de vestidos, en la que apenas hubiéramos hecho alto en otra cualquiera ocasion, indicónos en la presente que dentro de muy pocas horas seria consumado el sacrificio, y que los Borbones volvian á su destierro con tanta simplicidad y pobreza como se encaminaron á él en 1789 y en 1814. No faltaron malévolos que asegurasen se llevaban consigo una cantidad de treinta millones; pero lo cierto es que como no hubiesen recibido en Cherbourg una suma de seiscientos mil francos, embarcáranse para su destino sin el mas leve recurso.

Las demostraciones hechas tres dias antes por la guardia nacional de Cherbourg, no daban márgen á lisonjarnos de que tuviesen á los ilustres desgraciados delicadas ó regulares atenciones. Por esto no nos causó mayor sorpresa que recibiesen mal á los oficiales generales, que adornados de escarapela blanca habian precedido al monarca para procurarle alojamiento. Guardaron por consiguiente la mayor frialdad á nuestro tránsito sin rendir ningun género de homenaje, ni despedir un cañonazo las embarcaciones del puerto, en cuyos mástiles ondeaban banderolas y gallardetes tricolores. Pareciónos notar en aquellos habitantes aun mayor indiferencia hácia la real familia, mas apego á las nuevas instituciones que en los de los pueblos que dejábamos á la espalda. Oyéronse algunos gritos de *viva la libertad, viva la carta*, en derredor de la carroza del desgraciado príncipe, por lo que pasando con bastante rapidez por las calles de la poblacion, y dejando muy pronto atras los astilleros y atarazanas de la marina, entramos brevemente en la parte fortificada del puerto.

Allí vimos que estaban arbolando cierto navío de tres puentes que llevaba todavía el nombre del duque de Burdeos.

Descendió la familia real de los coches, y por medio de cierta palanca cubierta de una alfombra azul entró en la lancha del *Great-Britain*. El rey saltó el primero, el delfín daba la mano al duque de Burdeos, madama de Gontaut conducía á mademoiselle, la duquesa de Berry daba el brazo á M. de Charrette, y la delfina se apoyaba en el de M. de Larochejaquelein. El comandante de marina presentó á S. M. el capitán de la embarcación llamado M. Dumont-Durville, quien repetidas veces le dijo le llevaría adonde fuese de su agrado. Contestó el rey que por el pronto solo quería ir á Spithead en la isla de Whigt, frente por frente de Porstmouth. Dieron en esto el postrero adiós á varios oficiales que les acompañaron hasta el mismo bagel, y entráronse en la cámara que les estaba destinada. Iban á bordo del *Great-Britain*, además de la real familia, el duque de Luxemburgo, capitán de guardias, el duque de Ragusa, el ayo y los preceptores del duque de Burdeos, la duquesa de Gontaut y varios criados. En el *Carlos-Carroll* el duque Armando de Polignac, los señores Oheguerti, madama de Bouillé, otro preceptor del duque de Burdeos y dos ó tres personas más de distinción.

Mientras duró el embarque y en tanto que se hacían los preparativos necesarios para la partida, una curiosa muchedumbre coronaba la prolongada ribera: estuvo sin embargo silenciosa y tranquila presenciando esta amarga escena. Los diputados tomaron licencia del rey y permanecieron en seguida sobre el muelle hasta las dos y cuarto de la tarde en que desplegando el buque todas sus velas salió magestuosamente del puerto. Otro tanto hicieron formados en batalla los siete escuadrones de guardias de corps, y así que contemplaron á S. M. en alta mar, volvieron hácia la villa para apresurar su marcha á Valogne. La multitud contenida hasta entonces por el respeto que siempre inspira una gran desgracia, y por el carácter de una familia tan augusta como perseguida, empezó á murmurar y se oyeron de nuevo alarimantes gritos de *viva la carta, fuera las escarapelas blancas,*

á la mar los guardias de corps. La mayoría de los habitantes despreció altamente estas intempestivas exclamaciones manifestando más decoro por su propia opinión y más respeto al infortunio.

Los regimientos que estaban de guarnición en Cherbourg nos honraron con los saludos militares, á los que correspondimos con escrupulosa puntualidad. Pero la satisfacción más lisonjera que recibimos de nuestros servicios fue la siguiente orden, que en nombre del rey Carlos X se remitió á cada uno de nosotros al llegar á Valogne.

ÓRDEN DEL DÍA.

El rey al salir del suelo frances quisiera poder dar á cada uno de sus guardias de corps y de los señores oficiales y soldados que le han acompañado hasta el bagel una prueba de su reconocimiento y tiernísima memoria; pero su situación no le permite por desgracia escuchar los ardientes deseos de su pecho. Privado de los medios de recompensar una fidelidad tan generosa, S. M. se ha hecho entregar los registros de sus compañías de guardias de corps, y el estado de los oficiales superiores y subalternos que le han seguido, para que conservados sus nombres por el duque de Burdeos permanezcan inscritos en los archivos de la real familia y atestigüen eternamente los padecimientos del rey, y el consuelo que halla en un sacrificio tan desinteresado y sincero.

CÁRLOS.

El duque de Ragusa, mayor-general.

Valogne 15 de agosto de 1830.

El 17 de agosto habían cumplido ya los guardias de corps con los deberes de su aflictiva misión. Toda la Francia admiró su lealtad y su cordura, y como intérpretes de los sentimientos que á este efecto la animaban demostráronlo los diputados del gobierno provisional en el auténtico documento que á continuación se inserta, donde se les hace la justicia tan notoriamente adquirida por su moderación y su honor.

ÓRDEN DEL DÍA.

Los diputados á quienes encargó el gobierno acompañar al rey Carlos x y á su familia hasta el pueblo de Cherbourg, no pueden menos de manifestar en el mismo momento en que terminan su comision la noble conducta que en tan grave y crítica circunstancia han observado los señores guardias de corps. Llamados para desempeñar un encargo de lealtad y de honor, han sabido conciliar la práctica de estas generosas virtudes con lo que exigia de ellos el gobierno que se acababa de establecer. Los diputados tienen la mayor complacencia en publicar que se debe en gran parte á su prudente y juicioso comportamiento, el que se haya terminado con toda felicidad el viage de unas personas cuyo respeto interesa tanto al pun-donor nacional, que no podia faltarse á él sin amancillar el decoro de la Francia.

Saint-Lò 18 de agosto de 1850.

El mariscal Maisson. — Schonen. — Odillon-Barrot.

Supimos entonces que acababa de salir la orden para su-primir la guardia real y los guardias de corps, y que se-ríamos licenciados en Saint-Lò, adonde llegamos el 18. Arrestado en Granville el príncipe de Polignac habia sido llevado á la misma poblacion de Saint-Lò, y teníanlo en la cárcel pública. El recuerdo de los incendios falsamente atribuidos á este antiguo ministro exasperaba los ánimos de todos los habitantes, y aunque nuestra presencia no era la mas á propósito para suavizar su resentimiento, fuimos generosamente acogidos con hospitalidad franca, amable y afectuosa. Prescindiendo algun tanto de nues-tras respectivas opiniones, hallamos un amigo en cada huésped y un recibimiento tan lisonjero en cada casa, como aquel hijo de familias que despues de muchos años y trabajos logra dormir otra vez bajo el techo paternal. Pero por muy sensibles que fuésemos á tales muestras de desprendimiento y tolerancia, no nos acordábamos menos de que teníamos otra familia á quien halagar, la

cual tendiéndonos los brazos desde nuestros respectivos hogares despertaba en nosotros dulcísimos recuerdos y nos hacia apresurar el momento de la partida.

Faltaba no obstante á los guardias de corps dar un ejemplo del valor del ciudadano y la sumision debida á las leyes, ejemplo que así en el horroroso incendio de Saint-Lò como en la severa disciplina y honrada actitud que guardaron en el acto de ser licenciados suministraron á la vez á sus émulos y admiradores, dejando una generosa memoria de sus hechos.

Á las nueve de la noche del 22 de agosto prendió el fuego en un arrabal de la villa en términos que amena-zaba devorarlo todo, burlándose de cuantos medios se juzgasen á propósito para destruirlo. Ondeaban las llamas por el aire resplandeciendo con mas viva lumbré entre las espesas tinieblas de la noche. Los apresurados golpes de la campana, el crugimiento de las maderas, el ruido que hacian derribándose las altas paredes y la angustia de los habitantes que corrian consternados por las calles sin direccion fija, y con todas las señales de la sombría incertidumbre que inspiran los huracanes, los terremotos y los incendios; ofrecian una escena terrible por sus es-tragos, y dolorosa por los efectos que indispensablemente habia de producir. Entre tanto cual si se aprovechase el incendio del pavor que cortaba las acciones de todos cun-dia con bárbara velocidad, y revolviendo en varias direc-ciones sus estrepitosas llamas amenazábanos con un torbe-llino de fuego, incapaz de extinguirse mientras hubiese materiales donde prender.

Reúnense los guardias de corps al aspecto de tamaña desolacion, y determinan animados de un mismo impulso arrojarle á lo mas voraz del incendio y atajar si era posi-ble su desmedida violencia. Apenas concebido este pensa-miento corren en número de seiscientos al barrio incendia-do, y sin guardar la mas leve consideracion á su seguridad hacen grandes acopios de agua, úrmense con todos los instrumentos necesarios, é introdúcense por entre los hu-meantes escombros y por en medio de los ahumados pa-redones que estabau amenazando ruina. Su serenidad, su audacia, sus acertadas providencias reaniman el abatido aliento de la muchedumbre, que se lanzó á su socorro no

tanto ya por la salvacion de sus propios efectos como por corresponder á tales muestras de generosidad á intrepidez. Logran efectivamente desvanecer aquel peligro: hállanse varios guardias de resultas peligrosamente heridos, mientras son otros como paseados en triunfo por la villa, á pesar de su cansancio y de que el fuego habia chamuscado sus cabellos, ennegrecido sus rostros y roto sus vestiduras.

Bien que fueron estos sacrificios mas que suficientes para hacer público su patriotismo y honradez, aprestaron una razonable suma con que socorrer á los infelices perjudicados de aquella desgracia. En valde carecian algunos de los medios suficientes para restituirse á sus hogares, pues no por esto dejaron de manifestarse menos generosos. La liberalidad no calcula, y si bien reprueba el mundo sus consecuencias, no hay corazon verdaderamente hidalgo que se resista á sus deleites.

Semejante conducta no podia sino aumentar la estimacion que ya habian concebido por los guardias los moradores de Saint-Lô. No hubo uno solo que no fuese á felicitarles en demostracion de gratitud; y deseosas las autoridades de hacer mas patentes los derechos que habian adquirido á su admiracion y aprecio, mandaron circular en la orden del dia siguiente una relacion de lo acaecido en la víspera, concebida en estos términos.

«Ayer á las nueve de la noche hubo un incendio tan terrible en uno de los cuarteles de esta poblacion, que todos temieron que consumiese por lo menos un barrio entero. La consternacion de las gentes era tal que no se atrevian á cortar su impulso creyendo que habian de ser inútiles todos sus esfuerzos. Presentáronse en esto los señores guardias de corps, é introduciéndose por entre los abrasados muros con una pertinacia y osadía sin egeemplo, no solo lograron atajar su curso sino arrancarle una parte de su presa.

«La villa, que ya concibiera de antemano la mas ventajosa idea de los individuos de este noble cuerpo en razon á la sensatez de su conducta, hubo de admirar ahora su generoso desprendimiento y su valor, no menos que el acierto de que dieron muestras en tan críticos instantes. Las heridas que han recibido y las cantidades que han su-

ministrado añaden nuevos títulos á nuestro agradecimiento y amor. Las autoridades municipales estienden una exacta narracion de este suceso, la cual elevarán al gobierno para que no quede sin recompensa tanto desinteres y lealtad.»

La compañía de Croï ha dado en la suscripcion citada.....	500 francos.
La de Grammont.....	460
La de Noailles.....	610
La de Luxemburgo.....	500
Total.....	2070 francos.

Casas consistoriales de Saint-Lô 25 de agosto de 1850.

Los individuos de la comision municipal.

Llegó finalmente el dia en que debíamos dispersarnos dándonos mutuamente el último adios. Es muy doloroso á los que han vivido bajo las mismas banderas tener que prescindir á un mismo tiempo del estímulo guerrero del honor y de la fraternidad militar. Para los que se han alimentado con los generosos sentimientos que inspira la milicia, ¿qué atractivo pueden tener los oscuros deleites y las apacibles holganzas de la vida? ¡Ah! la certidumbre de haber desempeñado nuestros deberes y la esperanza de servir otra vez á la patria, de verter por ella nuestra sangre, pueden únicamente suavizar bajo el techo doméstico la aspereza de tamaño infortunio, y la inopinada pérdida que acabamos de sufrir en el pundonoroso y elevado carácter de Carlos x.

4,000 90